

ORESTES HURTADO
El placer y el sereno

bokeh *

© Orestes Hurtado, 2016

© Fotografía de cubierta: W Pérez Cino, 2016

© Bokeh, 2016

Leiden, NEDERLAND
www.bokehpess.com

ISBN 978-94-91515-64-4

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

EL LIMPIABOTAS

El limpiabotas que se apostaba en los bajos de la farmacia de Línea y D contó esta historia ante unos cuantos niños. *Resulta que yo me metía cuando chama en un placer por allá por...* Luego iba entrando en una descripción asombrada de lo que cada vez que saltaba el muro se encontraba. *Había en la parte d' delante del placer una mata de naranja agria.* Y así. No sé cómo, pero hablaba con rápidas y secas enunciaciones. Parecía que se le acabaría el cuento en muy poco tiempo. Narró muchas veces aquello y siempre se sospechaba un final brusco poco después de iniciado. Nunca he tenido (¡y mira que lo he imitado!) esa capacidad para que se intuyera el final, pero que fuera tan sólo misterio. *Todo era normal, unos yerbajos, unas piedras y poco a poco, a medida que ibas entrando en el placer, también bajabas. Las matas eran más altas y más tupido todo.* Hacía gestos para indicar que la vegetación aumentaba. Gestos que sus manotas convertían en tremendísimos de aire. Bastantes años después de sentir aquel piso frío de frente a la farmacia, de sentarnos entre las columnas y escuchar al limpiabotas, regreso a menudo a aquel placer. Yo tuve también varios placeres propios que cuando niño fueron mi reino. El que llamábamos en la pandilla *el de las ranas* fue el más fabuloso. Era estrecho, alargado, todo un escondite. Pero sólo aquel que nos contaba el limpiabotas, aquel placer que no pudimos ver, nos sabía a magia (no a rituales risueños como el de las ranas), nos sabía a magia. Lo añoramos a toda hora. Quisimos la dirección. Nos veíamos cruzando la ciudad en guaguas absurdas para dar con él. El limpiabotas nos decía que en el fondo del placer *allá atrás había*

un enanito, sentado en una piedra, mordiéndolo un tallo de romerillo. No lo describió. Dijo *un enanito*. A este ser diminuto debíamos confesarle lo que considerásemos nuestro más preciado secreto (si mentíamos lo sabría) y a cambio él abriría un agujero en la tierra. Por ahí entraríamos. Pasaríamos un rato en el país de los tesoros, haciendo todo lo soñado. El limpiabotas aseguraba que una vez nada más se topó con este personaje. Que fue todos los días a ver si podía regresar a esa imposible región de una tarde. Y nada. Solía suspirar seguido cuando hablaba de esto último. *Algún día les contaré lo que vi*, pero no lo hizo. No lo hizo.

NOS DUELE TANTO O MÁS QUE LA MUERTE

Nos duele tanto o más que la muerte de un pariente lejano el hecho de que un delicado relato desemboque en lo obvio. Les ahorro ese acontecimiento para que pasen a través de esta trama sin decepciones terminales. Se trata de dos tipos en el muro del Malecón, conversando, de espaldas a la ciudad:

–Preferiría cambiar la frase por una ola es una ola es una ola...

–¿Por qué?

–No sé. Será que ante el mar todo lo demás luce pedestre.

–Pero la rosa no llega a enfangarse, muere antes.

–Ya, pero lo cierto es que la ola es todavía más presente.

–No lo creo. La rosa también está en el tiempo. Crece. Apenas vemos cómo va hasta el prodigio y luego se nos apaga rapidísimo.

–Pero la ola es visible, viene siempre hacia nosotros, como un amor vitalicio, pero arriba moribunda. Nos avisa de su trance. De una biografía fulgurante, total, y se retira (no se marchita). La ola se recoge en un adiós muy elegante, nostálgico, construido con piezas perfectas de luz y transparencia. La forma de un color. Eso es.

–No sabría defender lo que pienso tan bien como tú. Simplemente me quedo con *a rose is a rose...* o con *there is a wind where the rose was*.

–Está bien que defiendas tu rosa. En definitiva los dos hemos caído en lo mismo. En la ancestral y atormentada disquisición sobre la muerte del presente.

–Sí, defendemos dos símbolos de lo efímero. Como si sólo lo efímero supusiera la verdad. Como si sólo en el instante radicase

la plena realidad de ser. Como si a partir de eso pequeñito y que en un gesto desaparece, tuviésemos algo de eternidad.

Siguieron mirando el mar, callados. Como un plato el mar, en los jardines (como dicen los viejos) *calma chicha*. Nada de viento.

SER POSADERA

Ser posadera me ha hecho ver mucho de lo que esta vida trae en sus alforjas. Sin ser mentirosa, porque de eso nunca se me podrá acusar, tengo que decir que mi posada es la más cómoda, limpia y con mejores vinos de toda la comarca, de todo el valle. He visto pasar por aquí grandes caballeros y nombres que se cambiarán algún día por uno propio de Papa. He visto a nobles y a bandidos también. Estos últimos a veces durmieron con la apariencia de nobles en mis habitaciones sin robar ni romper nada. Soy una mujer religiosa. Suelo ir a la iglesia de Séguret a menudo. Y rezo, claro que rezo en el silencio de mi posada en la noche. Y Dios sabe que sospecho hasta lo que no existe. Que estoy curada de espanto. Pero estos niños... he conocido más historias sobre ellos que los que he visto. Contadas por peregrinos inolvidables, han llegado fantasías y leyendas. Es ésta una región muy antigua. Por aquí han pasado todos. Los elefantes de Aníbal. Los romanos. Los sarracenos dominaron cien años muy cerca de aquí. Digo que las historias duermen en estos valles, en algunos bosques sombríos y pueden ser despertadas por un poeta recostado a un castaño pensando en su dama lejana o por un borracho que, trastabillando por un sendero, encuentra una estatua enterrada. Vivo atenta a lo que cuentan los viajeros y los rincones y nunca había recibido tanta piedad alegre. Estos niños, niñitos pequeños que habían aprendido sólo unas pocas palabras. A algunos que venían más del Norte nada se les entendía. Estos niños con sus cruces de ramas, sus rostros con las huellas de lágrimas viejas, parecían encantados. ¡Que el Cielo los proteja y que encuentren

gentes buenas, pues van a Tierra Santa, hacia Jesús! Son pobres, inocentes, débiles y ante nada retroceden. Dan ganas de llorar por la hermosura de sus caras atravesando las noches y el viento de los valles. Nada podrá compararse a esa luz. Me han contado que han ido muchos hacia Marsella. Por aquí han pasado unas decenas. Uno, si lo viera usted, pasó dando saltos y sonrió, parecía un duendecillo de limo. Oh, era el Amor... hacia Tierra Santa... y pasó por allá fuera, cerca de donde dejó usted su caballo. ¿Un poco más de vino?

NECESITABA DESCANSAR

Necesitaba descansar. En los últimos días había dormido muy pocas horas. Y la vista ya le centelleaba como sabía que le ocurría al final de sus fuerzas. Había echado a andar sin mirar demasiado alrededor. Sin más propósito que caer en una cama hasta que la madrugada le hiciera levantar para sumergirse entre legajos y disponer los castigos para aquellos blasfemos. Lo que no era habitual en su cansancio era que le faltase el aire. Que su respiración fuese tan ansiosa. Caminó con las manos entrelazadas a la espalda, como solía hacer. Con la vista en el suelo, casi entretenido con la sucesión de sus pasos y casi en asuntos pendientes de que su mano sabía los tocaba al siguiente día. Pero sentía un ahogo creciente. Tenía que ir más lejos en su regreso. No era la primera vez que pensaba que un rotundo golpe acabaría con un cuerpo como el suyo, siempre al borde del desfallecimiento. No se podía permitir que vieran al maestro caer. Y menos aquí, donde ahora su palabra era ley y su ley la única ley, designio divino que baja y escarmienta a los disolutos ciudadanos de Ginebra. Anduvo e intentó parecer meditabundo, como si la lentitud de su andar y un rostro de estar ante el Demonio, sólo fuesen signos de la intensa vida interior que el Maestro Jean llevaba. Deseaba suponer que los que lo saludaban con respeto y seguían rápidamente para no exponer el miedo, el terror que sentían ante el veloz sentenciador, no percibían el estado en que se encontraba en esta caminata. Tenía que hacer cada vez más esfuerzo para buscar el aire necesario. Decidió que al llegar a la callejuela, al atajo hasta su celda, pararía un momento. Y así lo hizo. Se recostó al muro, puso las palmas de las manos por la

húmeda superficie. Las movió un poco esperando que la aspereza o el musgo le diesen algo de realidad a sus sentidos. Frente a él, como dibujado, caía un rayo recto de sol. Esa tibieza sobre el jardincillo de la casa del zapatero. Luz sobre unas plantas. Unas rosas bajo el sol. Nada nuevo. Unas rosas gordas y graciosas. Se veían jóvenes, de ayer mismo. Algo que no pudo precisar revoloteaba. Y el sol insistiendo. Sin cesar y sin la ley del Maestro Jean. El aire que le faltaba todo estaba en el interior, en el corazón de aquellas rosas. Ese trozo de calle silenciosa, que era su último recorrido antes de encerrarse, se rebelaba ahora ante sus disposiciones, ante el recato, la sobriedad (o grisura, decían algunos en susurros). Ante la contención y los recios mandatos que el Maestro Jean traducía de los Evangelios o de lo que el Señor le platicaba, aquella herejía luminosa. ¡Cómo era posible semejante afrenta! Asqueado. Con una mano sobre el muro, arañándolo tal vez. Con la otra estiraba la boca abierta en busca de aire y más aire. Así se retiró. Así se escondió Jean Calvin de la primavera.

SE HABÍA COMBATIDO HASTA BIEN ENTRADA LA NOCHE

Se había combatido hasta bien entrada la noche. Los que resistían ya eran pocos y estaban faltos de todo. El holandés había decidido que sus hombres descansasen unas horas para emprender el asalto final a la ciudad. Sabía que les esperaba un saqueo fácil. Que sus barcos se echarían al mar bien cargados. Que no habría más que matar y romper, incendiar y asustar, para lo que aquellos salvajes de la tripulación lucían siempre dispuestos. Pidió con un grito seco que le llevasen algo de comer al borde de la cumbre. A una veintena de pasos los hombres se desperezaban, limpiaban sus armas más como forma viril de desayunar que por necesidad. Conversaban aún recostados unos a otros, caídos. El día iba a requerir de todas sus fuerzas, también la de sus gargantas. Así que susurraban, gruñían bajito. El holandés se había girado hacia ellos y los contemplaba con indiferencia. No eran sus compañeros de batalla, sólo unos brutos. Al recibir la jarra y el trozo de carne les dio otra vez la espalda y regresó, entre sorbo y mordida, al amanecer. Estaba frente a él y frente a la cumbre acantilada el sueño auténtico del hermoso amanecer. Allí parado, al borde del abismo, observaba cómo amanecía en el mar de la isla. Dejó de sospechar por un momento que debía cuidarse, que tal vez a alguno de sus hombres le diera por matarlo allí mismo. Alguno habría con motivos o alguno de sus oficiales podría pagar por verle caer y ya. Dejó de pensar en realidad. Mordía y tragaba y veía cómo el sol se envalentonaba allá lejos. Las nubes impedían la nitidez en el horizonte. El día era fresco. Apartó la jarra y se sentó. Pasándose una mano por la barba. El holandés no atravesaba una

especial melancolía: ni pensaba en su tierra ni los rostros que le podían recordar lo grato se le acercaban. Sólo el amanecer y el sol, que rompía aquí y allá las nubes y posaba claros rubios en el mar. Lo que tenía ante sí era grandioso. No alcanzaba a entenderse allí sentado cuando hacía un buen rato que tendrían que haber atacado. La voz de un pirata que se le acercó por detrás le hizo regresar del ensueño, de los fulgores, de aquella anunciación. *Parece la mañana de la Gloria. El Señor trabaja.* El holandés, sin levantarse observó al palurdo, a la cara abotargada que se asomaba al borde. Sonrieron sin quererlo. Van der Goes volvió a mirar la luz entre las nubes. Los círculos de alegría sobre el mar. La costa y el mar. La oscuridad azul y lo carmelita, lo verdoso. Y la luz, como una columna, uniendo mar y cielo. Poniendo sobre el mar un relumbre de Dios. Se levantó de un salto y comenzó a gritar. *Que ya es hora. Vamos. Nos espera mucho oro.* Mucho oro sobre el mar.